

## EL CINE Y EL PODER

fgi

*«El rollo patatero, en este siglo, empezó con el cine. El capitalismo cree que somos tontos y siempre que el capitalismo cree algo, tiene razón».*

Francisco Umbral

El cine es el arte de los políticos. Es un destino al que no puede escapar por su facilidad para llegar a las masas.

El cine interesa al político sobre todo porque le permite introducir sus ideas en la mente de millones de espectadores de un modo más directo que la música o las artes plásticas y más cómodo que la literatura. En nuestra sociedad hay millones de individuos que no han visitado jamás un museo o una sala de conciertos, pero ¿quién no ha ido al cine o se ha echado en el sofá para ver una película por televisión?

El cine interesa al político porque su capacidad de convocatoria es mucho mayor que la de cualquier otro medio artístico. Pero también porque la realización de un film no está al alcance de los bolsillos populares. Si un hijo de vecino quiere llevar sus inquietudes artísticas a miles de ciudadanos puede pintar un graffiti en un paraje transitado o escribir una poesía y repartir octavillas en el metro. Pero no puede hacer una película: en Hollywood, el presupuesto de las más caras supera los 200 millones de dólares; en España, anda por los 50 millones de euros.

Cuanto más costosa sea la elaboración artística, con mayor fuerza estará sometida al poder económico y, por tanto, al político. De ahí que el arte se haya producido siempre en las inmediaciones de la corte. Esta dependencia denigraba el valor moral de los artistas patrocinados, no frenaba su talento creativo ni embotaba sus aptitudes técnicas, como atestiguan las obras de Miguel Ángel o Mozart. Con el cine, la degradación moral y artística viajan juntas, algo que no había sucedido antes.

El cine actual está dominado por los grandes productores estadounidenses, que hacen confluír sus intereses económicos particulares con los intereses políticos de su país. Lo dijo William Hays, gran inquisidor del cine norteamericano de los años treinta y cuarenta: «El cine es uno de los negocios más colosales de nuestro tiempo. La mercancía sigue al cine; en todo lugar donde penetre el cine americano venderemos más productos americanos». Y lo remachó Sinclair Lewis: «Algún día el cine americano triunfará y entonces los Estados Unidos dominarán el mundo».

El Tío Sam había decretado que el cine dejara de ser un fin para servir exclusivamente como medio. Y esta exclusividad es la que ya a las pocas décadas de existencia lo había apartado irreversiblemente del camino del arte. Entre la hojarasca de los cincuenta (Gene Kelly cantando bajo la lluvia, Marilyn Monroe tirando besos o James Dean sin saber qué hacer con su rebeldía) ya no surge ningún niscallo sabroso, como el ciudadano Kane, obra maestra cuya aparición no sirve para redimir el sistema, sino para recordar cuánta maravilla destruye. Así lo explica Woody Allen: «El cine ya no es más que enormes conglomerados movidos y dirigidos por financieros muy conservadores. Muchos creadores son ahogados por el sistema, pero hay tanta gente con talento que de vez en cuando sale una buena película pese a todas las presiones. Entonces no se habla más que de eso, olvidando todo lo que fue destruido».

## EL CINE Y LA GUERRA

fgi

Al cine le gusta la pólvora. Aún no había aprendido a hablar y ya disparaba: Griffith realizó *El nacimiento de una nación* en 1915.

La aportación de los cineastas al belicismo (a ellos les gusta llamarlo amor a la patria) tuvo su primera oportunidad práctica con la I Guerra Mundial, a cuyo término Mary Pickford se sumó a la campaña gubernamental de venta de bonos de ayuda. *La escuela de la vida*, film producido por su compañía en 1919, comenzaba con las imágenes de una escuela, donde una niña escribía sobre una pizarra con la bandera estadounidense: «Sé americano ayudando al Tío Sam a pagar la guerra. La lucha ha terminado, pero aún hay que pagarla: Compra tu cupón». Tras el mensaje patriótico, los créditos y la película.

En el transcurso de la II Guerra Mundial, la relación del cine estadounidense con el Ejército se hizo entrañable. A principios de 1942, Roosevelt ordenó al Departamento de Guerra crear una Sección de Cine cuyo objetivo era concienciar a los soldados sobre la intervención de su país en el conflicto. Bajo la dirección de Frank Capra, esta sección realizó siete documentales bélicos con el título genérico de *Why we fight* (*Por qué luchamos*). También participaron en la campaña John Ford (*Battle of Midway*), Walt Disney (*Victory through airpower*), William Wyler (*Memphis Belle*)... Todos ellos fueron compensados con distintos cargos en el Ejército norteamericano.

Por su parte, el cine repartió premios y honores entre los combatientes. Mientras a algunos de los más grandes artistas nunca se les concedió un Oscar (Orson Welles, Alfred Hitchcock, Marlene Dietrich, Greta Garbo, Edward G. Robinson, Richard Burton, Kirk Douglas...), sí que lo recibieron los Servicios Especiales del Ejército de los Estados Unidos, por *Preludio a la guerra* (1942); el Ministerio de Información Británico, por *Victoria en el desierto* (1943); el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, por *Con los marines en Tarawa* (1944); los Gobiernos de Gran Bretaña y de los Estados Unidos conjuntamente, por *La gloria verdadera* (1945); el Departamento de Guerra de los Estados Unidos, por *Semillas del destino* (1946); el Coronel William N. Selig, Premio Especial (1947); el Ejército de los Estados Unidos, por *Hacia la independencia* (1948)... La Marina de los Estados Unidos recibió la estatuilla en tres ocasiones: *La batalla de Midway* (1942), *El 7 de diciembre* (1943) y *La dama luchadora* (1944).

El fervor patriótico de los cineastas se cobró algunas vidas. En enero de 1942, Carole Lombard murió en un accidente aéreo, cerca de Las Vegas, cuando regresaba de una gira de Artistas en Combate. Su sacrificio le valió ser declarada «primera víctima de la guerra». Un año después, murió Leslie Howard, al ser derribado el avión que lo trasladaba de Lisboa a Londres. Howard desarrollaba una serie de conferencias en favor de los aliados y colaboraba con la propaganda radiofónica antinazi.

## LA ESQUIZOFRENIA DEL ESPECTADOR

fgi

Desde hace algunas décadas, el género que más público lleva a las salas o sienta ante el televisor es el de acción y aventuras, cuyas producciones cada vez son más costosas, y, por tanto, de exclusivo dominio de los magnates de la industria, que en realidad son grupos de presión política.

Para comprender la importancia del cine en la canalización política del ciudadano podríamos tomar cualquier película, por ejemplo, una tan popular como *El planeta de los simios*. Durante la captura y enjaulamiento del astronauta, el espectador se siente desnudo y maltratado; luego, a lo largo del juicio-farsa, se irrita contra el poder despótico; por último, cuando descubre su estatua de la libertad derribada, condena a los causantes de la debacle humana. Si la película terminase así, más de uno saldría del cine renegando de los políticos y jurando no votar a un presidente capaz de llevar la destrucción al planeta. Pero basta con que Charlton Heston maldiga a la humanidad en general, para que el espectador admita que tenemos lo que nos merecemos, que el mal está en la condición humana y contra eso nada puede hacerse. Ha bastado una sola frase para que el espectador se sienta aniquilado por su propia cobardía y por la de sus compañeros de asiento, y asuma su parte de culpa en todos los males, exonerando a sus líderes. Una simple frase y la rebeldía se ha convertido en subordinación.

En efecto, el cine de acción y aventuras genera un tipo de espectador esquizoide, incapaz de discernir diferencias o establecer similitudes entre realidad y ficción. Mientras ve cualquier entrega de *La guerra de las galaxias* o de la serie *V*, sus simpatías están con la Resistencia, frunce el ceño ante el discurso de los odiosos portavoces del Imperio y se emociona con las emboscadas de los insurrectos al paso de un convoy militar o con las bombas que ponen en una sala de conferencias, acciones que considera heroicas. Pero luego, cuando escucha en el noticiario la retórica del presidente de los Estados Unidos, no se da cuenta de que dice lo mismo que Dart Vader o que el Gran Lagarto, y que los terroristas que condena hacen exactamente lo mismo que hacían Harrison Ford o Marc Singer en la pantalla.

Lo peor no es esta esquizofrenia, este no saber si se está con el indio o con el Séptimo de Caballería. Lo peor es no entender que no habría insurrectos si no hubiese Imperio.